
Primer Premio Letras – Premios Fundación Cari Filii 2014.

D. Jose María López Ferrera

MARÍA, TRONO DE GRACIA

I. Introducción

Sólo un corazón muy enamorado de la Santísima Virgen podría encontrar cierta facilidad de expresión en ideas que proporcionen un contenido y desarrollo argumental dignos al enunciado “María, Trono de Gracia” objeto del certamen, pues tratándose de la excelsitud del ser a quien se alude, conocemos sobradamente la pequeñez de la mente humana para penetrar en los misterios de la fe y sabemos, de otra parte, la escasez de palabras de que dispone el lenguaje para dedicar elogios y alabanzas más adecuadas en su loor. No obstante ello, a la hora de comenzar estas breves líneas, me siento invadido de un agradable sobresalto interno que anula todo temor a emprender la tarea, porque si he de hablar o escribir sobre la Madre de Dios, también Madre mía, no habrá ligaduras que impidan hacer volar mi imaginación ni reprimir mis deseos de postrarme ante Ella para pedirle la limosna de su ayuda, encaminada al buen fin pretendido y en la confianza de su concesión, como fuente de gracia que es, y “Como el trono de la “Sabiduría”, cantada y representada en la liturgia”, según el Catecismo de la Iglesia Católica (CIC 721).

II. Fe, razón y amor

En el bosquejo que precede, hacemos referencia a la fe y al amor, por ser conceptos claves de necesidad absoluta para hablar de Nuestra Señora; pero igualmente es imprescindible el apoyo de la razón, o facultad del entendimiento, en estrecha conexión con los anteriores. Esto es así, porque sin la fe no puede entenderse, ni por asomo, que el Verbo, es decir la segunda Persona Trinitaria, Jesucristo, consustancial al padre y al Espíritu Santo se hiciera Hombre –“Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley” (Gal 4,4)– gestándose en el seno de una doncella virgen, de manera que la naturaleza humana del Señor quedase, al propio tiempo, fundida a su naturaleza divina, en unión hipostática indivisa. Y por lo que respecta al empleo de la razón, es manifiesto que, sin aplicarla, no nos asistirían luces bastantes para que no repugne a la inteligencia el plan salvífico de Dios trazado y establecido de ese modo, por El, desde la eternidad. En cuanto al amor, surgido de la grandeza que Dios desparrama sobre toda criatura racional, entendemos que actúa facilitándonos la comprensión de ese

trasunto divino, en forma de bálsamo lubricante, al objeto de ofrecer sosiego y confianza suficientes que provienen de aceptar, con firme y rendido asentimiento, creencias sostenidas en el ejercicio continuado de la voluntad.

III. Llana de gracia

Ya instalados en el contexto de estos tres pilares básicos, me asaltan varios interrogantes que se agolpan con insistencia en demanda de satisfacción a las reflexiones del tema central que nos ocupa: ¿Se entiende por TRONO DE GRACIA el sustentáculo en que se asienta la Trinidad Beatísima? En rigor sí, pues trono equivale a dignidad soberana e imperial por encima de todo poder y si tal categoría suprema hace referencia a Dios, se puede afirmar rotundamente que nadie sino El puede ocupar pedestal más alto, según se deduce del Apocalipsis de san Juan, que nos revela la existencia de “Un trono erigido en el cielo y Uno sentado en el trono” (Ap 4,2). De otra parte, es San Pablo quien otorga a Jesucristo el apelativo de “Trono de gracia” (Cfr. Hebr 4,14-16) Pero ¿Y si dijéramos que el trono de la gracia es el basamento más alto, cimentado y fortificado por Dios en honor de la criatura más perfecta salida de sus manos, a utilizarlo como medio sublime de elevación para alcanzar otro de nivel superior? Quizá esta otra consideración haga más asequible al entendimiento que el “TRONO DE GRACIA” lo reservara Dios a honor de la Virgen María, como vía de acercamiento al último peldaño superior o trono de la majestad divina. Y una pregunta más, ¿Qué configuración y qué contiene ese trono para ser llamado “de gracia”? La respuesta a esta cuestión nos viene dada como una consecuencia de la anterior, a saber: Ningún ser humano puede haber alcanzado tal grado de preferencia, salvo la elegida desde la eternidad para que, por su mediación, pudiera acampar entre los hombres el propio Dios, haciéndose Hombre.

He ahí el TRONO constituido por Dios en “María, llena de gracia”, porque Ella es intermediaria entre Dios y los hombres y, a través suyo, el género humano puede alcanzar la gracia de la salvación. Conocemos esa plenitud de gracia de María, por la indubitable historicidad evangélica, que consta en la narrativa del anuncio del arcángel Gabriel que así se dirige a Ella al saludarla: “Salve, llena de gracia, el Señor es contigo” (Lc 1,28). Y como hasta que recibiera todo el mensaje no declaró su consentimiento, hay que entender que ya antes de la fecundación del Verbo, Dios la había preservado de toda mancha y colmado de virtudes con portentosa predilección. A este respecto, el catecismo nos enseña que, efectivamente, había recibido el fruto redentor desde que fue concebida, en atención a los méritos de Jesucristo, como confiesa el dogma de la Inmaculada Concepción, proclamado en 1854 por el Papa Pío IX (Cfr. CIC 491). Más que Ella, sólo Dios; pero la “Llena de gracia” puede estar, junto a Dios, ocupando el trono supremo y ser, a su vez, por El, con El y en El, “TRONO DE GRACIA”.

IV. Esposa y Madre de familia.

Tan pronto como pronunciara el “Hágase en mi según tu palabra” (Lc 1,38) tuvo lugar al hecho histórico más trascendental acaecido en favor de toda la Humanidad, porque en ese momento, con la cooperación de Nuestra Señora, se unió el Verbo a su vientre perfectísimo y, sin dejar de ser Dios, se hizo de carne, convirtiéndose así la Señora en Esposa de la tercera Persona Trinitaria: “El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra” (Ibídem 1,35), quedando encinta no por obra de varón, sino milagrosamente; en cuya consideración alcanzamos la posibilidad de atisbar

la manera sobrenatural con que Dios quiso reparar la caída que afectó a todo el género humano, liberándolo de las tinieblas en que había quedado sumergido, hundido hasta la más profunda sima, por el pecado de origen.

El método divino elegido fue venir a la tierra como Hombre y, precisamente, en el primer anuncio redentor que muestra la Sagrada Escritura, ya aparece la figura de la Santísima Virgen, en el momento de la maldición de la serpiente, al ser expulsados del Edén los primeros padres: “Una mujer quebrantará tu cabeza” (Cfr. Gen 3,15). Pero, además, como los planes de Dios son perfectos, no permitió la apariencia de un embarazo espurio, para vergüenza de su Madre, y púsole de compañero un Patriarca justo y virginal, San José, del que también fue esposa, no simbólica sino real y verdadera, que la cuidaría y sostendría asumiendo, a su vez, la paternidad legal del Hijo que de Ella nacería. La Sagrada Familia, así constituida, sería normal y corriente, como otras israelitas a ojos de los hombres, pero con la particularidad sobrenatural de estar integrada por las tres criaturas más santas en una trinidad terrena, inferior a la Trinidad eterna, en las que el Hijo de las dos formara parte completa: En la de Dios Uno y Trino, como Dios perfecto que es, y en la de María y José, en Humanidad perfecta.

V. Desde el “Magnificat” a Caná

La Virgen María, en la visitación a su prima Isabel, profetizó, a través del cántico “Magnificat” lo que nadie puede decir de sí mismo, a no ser Dios, y Ella, por boca del Espíritu Santo, exultó: “Me llamarán Bienaventurada todas las generaciones” (Lc 1,48). Desde entonces, hasta la crucifixión del Señor, transcurren algo más de treinta años en que, salvo los tres últimos de su vida humana, el Mesías crece oculto al regazo de sus padres. De este modo Nuestra Señora “Permaneció, durante muchos años, en intimidad con el misterio de su Hijo y avanzaba en su itinerario de fe” (Cfr. Francisco Evangelii Gaudium 287, en cita al Beato Juan Pablo II, Carta en. Redemptoris Mater). María, después de proclamar “Las grandezas que el Todopoderoso ha hecho en mí” (Lc 1,49) da a luz a su Hijo y dedica su vida a criarlo y educarlo en perfecta armonía con José. Acaso entonces, en Nazaret, al silencio de una vida normal, tiene lugar como nunca la manifestación más patente de ser Ella “TRONO DE GRACIA”, pues “la gracia misma”, que es Jesucristo, va a estar moldeada entre sus manos. Bajo su tutela y magisterio, se encontraba sujeto el propio Dios y no es difícil imaginar cómo serían de amorosos y dulces los cuidados, las caricias, las correcciones, las enseñanzas hechas a Jesús, primero Niño y después adolescente, que se iba haciendo adulto al compás del desarrollo normal de cualquier hombre; dándose en esta Santa Familia la circunstancia peculiar de que el menos santo de los tres, el Patriarca José, era quien ostentaba la patria potestad y jefatura del hogar para mostrar ejemplo vivo de humildad de la Señora y del mismo Jesús.

Los hechos acaecidos en las bodas de Caná, que el apóstol Juan evangelista es el único que los refiere en el Nuevo Testamento, dan fe del poder de Santa María como “Medianera de gracias” pues la Providencia determinaría que se encontrara presente, al inicio de la vida pública de Jesús, en esta fiesta familiar a la que fue invitado el Señor con Ella y sus discípulos y, a petición suya, tuvo lugar el prodigio de la conversión del agua en vino porque, como delicadísima madre, se adelanta en evitar una tristeza que empañaría la felicidad de los novios en tan señalada fecha para ellos. Las breves frases dirigidas a Jesús: “No tienen vino”, y a los sirvientes: “Haced cuanto El os diga” (Jn 2, 3-5) alcanzarán de su Hijo, con esas sencillas palabras, un favor que nadie le pide y de ahí la observación de cómo serán sus

desvelos cuando nos dirijamos a Ella en demanda de cualquier necesidad espiritual o material. Si la Señora obró así sin que se lo pidieran “¿Qué hubiera sido si le rogaran?” (San Alfonso María de Liguorio, sermón sobre la confianza en la Madre de Dios).

VI. Al pie de la Cruz

Los dolores sufridos por la Santísima Virgen en la pobreza de Belén, así como los peligros de la huída a Egipto y la pérdida del Niño en Jerusalén, fueron sólo el preludeo de la espada de dolor que atravesaría su alma de Madre, según profetizó el anciano Simeón (Cfr. Lc 2,35); pero la culminación de aquéllos, y de los que padecería después, en silencio, cuando escuchara comentarios injuriosos de su Hijo: [“Se escandalizaban de él” (Mc 6,3); “Se llenaron de ira, y le echaron fuera de la ciudad para despeñarle” (Lc 4,28 y 29); “Es comilón y bebedor de vino, amigo de publicanos y pecadores” (Ibídem 7,34); “Este expulsa los demonios con el poder de Beelzebul” (Ibídem 11,15)]. Aflicciones que tendrían su punto más álgido en el seguimiento de la vía dolorosa –al cruzarse su mirada con la de Jesús en la calle de la amargura, según piadosa tradición– y, más todavía, viéndole morir en la cumbre del Calvario donde, en la persona del apóstol Juan, nos fue entregada como Madre (Cfr. Jn 19, 25-27). Toda esa inmensidad de dolor, recaído en la criatura adornada de las máximas virtudes, sería infinitamente más intenso que el que pudiera padecer cualquier otro mortal y, por sentirlo al unísono de su Hijo, alcanzó con toda propiedad el título de Corredentora, por cuanto con ello se pone de manifiesto su misión salvífica, unida a la de Jesús, convirtiéndose en la nueva Eva “Madre de todos los vivientes” (Cfr. Lumen Gentium 56) pues “Colaboró por su fe y obediencia libres a la salvación de los hombres” (CIC 511).

VII. Asunta al cielo y Coronada

La obra de Santa María, Reina del cielo, continúa perdurablemente en la eternidad, fundida a Dios Uno y Trino, intercediendo con intensidad de Madre por nosotros. Fue Asunta al cielo llevada por querubines en carroza de corceles alados, uncidos de soles y de estrellas, atravesando todas las galaxias, rendido el firmamento a su belleza. Potestades, Ángeles, Arcángeles y multitud de santos que la esperaban, engalanaron la atmósfera a su paso y, mientras llegaba, envolvió de perfume los planetas. Ya, arriba, Virgen de las vírgenes, del paraíso Dios le abrió la puerta y no hay título mayor que se le iguale. “Fue llevada a la gloria del cielo y elevada al trono por el Señor como Reina del universo” (CIC 966). Ese acto de manifestación del poder de Dios en la persona de su Madre, Hija y Esposa, es el que contemplamos en el rezo del quinto misterio glorioso del santo rosario, sobre la Coronación de la Virgen como Reina y Señora de todo lo creado. Acaso la última dignidad recibida, por voz del santo Papa Juan Pablo II, haya sido el de “Mujer eucarística”, porque está presente, de manera inefable, en el sacrificio de la Cruz de Nuestro Señor repetido, incruentamente, en la Santa Misa.

Para finalizar, como colofón al presente trabajo y breve síntesis general del tema, he querido componer unos sencillos versos que en vano intentan ensalzar a la Virgen Santísima, porque no hay palabras para ello, pero sí al menos resumir, con más voluntariedad poética que con oficio, el tratamiento y enfoque presentado al distintivo “MARÍA, TRONO DE GRACIA”:

MARÍA, TRONO DE GRACIA

María, Trono de Gracia
de gloria y sabiduría,
pedestal donde se asienta
la Trinidad Beatísima.
Del Magnificat aprendemos
el culto de hiperdulía
con que debemos tratarte,
porque eres lo más santo
y la Bienaventurada
de la creación divina.

Inmaculada, sin mancha
y, por demás, La Purísima.
¿Qué más pudiera llamarte?
Ya ves por qué, Madre mía,
no conozco otras palabras
del lenguaje la poesía
que consiguiera ensalzarte.
Eres la Esposa y la Madre,
desde tu ser natural,
del mismo Dios, elegida.

¿Quién podrá estar adornada
de virtudes más excelsas
sino la Reina del cosmos
y del cielo, última cima?
Medianera de las gracias,
a lo más alto asumida
con todo el poder de Dios.
Tú eres la Corredentora,
a la acción de Dios fundida,
y Coronada en el trono
de la Trinidad Santísima.